

Libres

por el Doctor Luis Velilla

Hemos de reconocer, como ya he expresado en otras ocasiones, que durante muchos años buena parte de la predicación cristiana ha enfatizado más la condenación y el temor, que la salvación y el gozo. Es verdad que en numerosos periodos la situación social merece una voz de advertencia acerca del justo juicio de Dios. Pero la misión de Jesús y de su iglesia no es primordialmente el anuncio de un castigo, sino la proclamación del amor incondicional de Dios hacia los hombres.

Jesús nos ha anunciado un nuevo pacto mucho mejor que el antiguo. No nos hemos acercado a aquel monte humeante “que ardía en fuego” ni a la negrura terrible de las tinieblas y de la tempestad, sino a Jesús el mediador de un nuevo pacto (cf, Heb 12:18,24).

El nuevo ministerio que Dios nos ha encomendado no es de muerte, sino de vida. No es de condenación, sino de justificación. Y si es verdad que el antiguo era glorioso este es más glorioso, porque es universal y eterno y no particular y pasajero. En él, ha sido superada la esclavitud derrotada por la maravillosa libertad de los hijos de Dios. Ahora por la bendita gracia del Padre tenemos la posibilidad de participar de su propia naturaleza y ser transformados en su misma imagen y gloria, gracias a su Espíritu. La ley ha dejado de estar escrita en piedras porque Dios ha cumplido la promesa y la ha puesto en la mente y en el corazón de los que le aman. Vivimos en la Ciudad de Dios y en ella hay luz, paz y libertad.

Inesperadamente hemos oído y experimentado que Dios mora en nosotros. A Dios no le ha bastado darnos su Ley, su Palabra y su Hijo; ha deseado morar en nuestro corazón, ser el ser de nuestro ser y lo más íntimo de nosotros mismos. Es como si los cielos hubiesen descendido hasta nosotros, como si su Reino estuviese ya aquí plenamente constituido. Podemos clamar al Dios que está en el cielo mejor que nunca, porque ahora sabemos que el cielo es nuestro corazón, la morada de Dios.

¿Cómo es posible que Dios viva en nosotros y que no se nos note? ¿Cómo es posible que sigamos buscando a Dios allá arriba en los cielos, allá afuera en las alturas y no lo encontremos en nuestro interior que es donde él mora? ¿Cómo es posible vivir siempre despistados acerca de su voluntad consultando la letra y no seamos capaces de oír su voz en nuestro interior? ¿Cómo es posible que nuestras vidas no sean las mejores “Escrituras” que podamos compartir con los demás, cuando debería ser **manifiesto** que somos **“carta de Cristo... escrita no con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo”** (2Co 3:3). No podemos seguir recurriendo a las tablas de piedra sino al corazón.

El hombre alejado de Dios debería tener suficiente con vernos para saber de Dios. Si no ocurre esto, es porque nuestras vidas opacan al que vive y mora en nosotros y si esto es así es que algo no anda bien en nosotros. ¿Qué expresan nuestros rostros, nuestras actitudes, nuestras palabras, nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro medio de vida? ¿No será que como Moisés ponemos un velo de religiosidad para que no se vea que la gloria de Dios se ha apagado en

nosotros? ¿No será que nuestra bicicleta espiritual solo se mueve cuesta abajo porque nos hemos cansado de pedalear? Si es así, si has perdido la dracma, no pares hasta encontrarla.

Si vivimos solo de teorías y doctrinas que aun no se han encarnado en nuestro ser, nos pareceremos a los loros que solo repiten frases que carecen de significado para ellos. Sin haber experimentado la presencia de Dios en lo más profundo de nuestro ser, decir que somos templos de Dios es una frase de loro. No basta saber que Dios mora en el corazón hay que vivirlo, hay que descubrirlo. Este descubrimiento es la experiencia de la salvación, es haber llegado a casa.

Es necesaria la experiencia del encuentro en el “lugar secreto”, porque esta experiencia nos libera de nosotros mismos y nos hace descubrir el Amor. Una vez que hemos experimentado al Amor en primera persona todo lo demás sobra. Ahora se trata de dejarle vivir a él y apartarse y menguar para que él crezca. A partir de entonces, liberados de nosotros mismos, ya no podremos nunca más dedicarnos al ministerio de condenación, sino al único ministerio que procede de Dios que no es otro que el del Amor.

[DISTRIBUCIÓN AUTORIZADA POR EL AUTOR PARA CRISTO PARA TODAS LAS NACIONES GUATEMALA](#)

[HTTP://CPTLN.ORG/GUATEMALA](http://CPTLN.ORG/GUATEMALA)